

## LOS PROFETAS DEL EXILIO

Tomado de: [www.kerigma.com](http://www.kerigma.com)

La desilusión fue grande para los que habían sido desterrados a Babilonia en 597 cuando el resto de los habitantes de Jerusalén, comenzando por el rey Sedecías, llegaron cautivos tras la destrucción de su ciudad. La conquista había dejado impresas en los corazones de los cautivos las escalofriantes escenas habituales en la conquista de cualquier ciudad en esos tiempos: “Han violado a las mujeres en Sión, a las vírgenes en las ciudades de Judá. Colgados fueron por sus manos los príncipes; la faz de los ancianos no fue respetada. Han arrastrado piedras de molino los muchachos, bajo la leña se han doblado los niños” (Lam 5:11-13). Ante un espectáculo tan siniestro muchos quedaron hundidos en la depresión y paralizados por la nostalgia: “A orillas de los ríos de Babilonia estábamos sentados y llorábamos, acordándonos de Sión; en los álamos de la orilla teníamos colgadas nuestras cítaras. Allí nos pidieron nuestros deportadores cánticos, nuestros raptos alegría: “¡Cantad para nosotros un cantar de Sión!” ¿Cómo podríamos cantar un cántico de JEHOVÁ en una tierra extraña? ¡Jerusalén, si yo de ti me olvido, que se seque mi diestra!” (Sal 37:1-5). El único consuelo podría ser la ruina de sus enemigos: “¡Hija de Babel, devastadora, feliz quien te devuelva el mal que nos hiciste, feliz quien agarre y estrelle contra la roca a tus pequeños!” (Sal 137:8-9).

Todo hacía pensar a los deportados que su destierro significaba el final de su historia como pueblo, la muerte de la nación: “Se han secado nuestros huesos, se ha desvanecido nuestra esperanza, todo ha acabado para nosotros” (Ez 37:11). En medio de este desaliento el sacerdote Ezequiel, que hasta entonces había intentado disipar las falsas expectativas de los desterrados y había profetizado la ruina de Sión, comenzó a trabajar con otros sacerdotes en la reconstrucción de la identidad nacional y religiosa de Israel.

Cuando muchos preguntaban a JEHOVÁ con amargura “¿Dónde están tus primeros amores, Señor, que juraste a David por tu lealtad?” (Sal 89:50), Ezequiel no dudó en asegurar que la promesa hecha a David JEHOVÁ la mantenía y la cumpliría, porque él era fiel a su Alianza y tenía poder para realizar la resurrección nacional y el regreso a la patria: “Infundiré mi espíritu en vosotros y viviréis; os estableceré en vuestro suelo, y sabréis que yo, JEHOVÁ, lo digo y lo hago, oráculo de JEHOVÁ... Mi siervo David reinará sobre ellos y será para ellos el único pastor; obedecerán mis normas, observarán mis preceptos y los pondrán en práctica. Habitarán en la tierra que yo di a mi siervo Jacob, donde habitaron vuestros padres. Allí habitarán ellos, sus hijos y los hijos de sus hijos, para siempre, y mi siervo David será su príncipe eternamente. Concluiré con ellos una alianza de paz, que será para ellos una alianza eterna. Los estableceré, los multiplicaré y pondré mi santuario en medio de ellos para siempre. Mi morada estará junto a ellos y ellos serán mi pueblo. Y sabrán las naciones que yo soy JEHOVÁ, que santifico a Israel, cuando mi santuario esté en medio de ellos para siempre” (Ez 37:14; 24-28). “Y, una vez restablecidos en la tierra dada a los padres, esa vida infundida por JEHOVÁ sería como un río que brota del costado del Templo y llega a tener tal fecundidad como para resucitar aún al Mar Muerto: Esta agua sale hacia la región oriental, baja a la Arabá, desemboca en el mar, en el agua hedionda, y el agua queda saneada. Por dondequiera que pase el torrente, todo ser viviente que en él se mueva vivirá. Los peces serán abundantes, porque allí donde penetra esta agua lo sana todo, y la vida prospera en todas partes adonde llega el torrente” (Ez 47:8-9).

Alentándolo con esta esperanza, hicieron repasar al pueblo sus tradiciones de modo que descubrieran en ellas el motivo para seguir confiando en JEHOVÁ. A estos sacerdotes desterrados se debe el surgimiento de una manera más espiritual de vivir la fe en el Dios de Israel: si ya no había Templo ni sacrificios, se reunirían el sábado para alabar a JEHOVÁ y meditar su palabra; al no tener ya un rey Ungido, JEHOVÁ aparecería más evidentemente como el rey de Israel; y si ya no existían los límites visibles de una tierra propia, la circuncisión (practicada antes por los egipcios y otros pueblos de oriente) comenzaría a ser el distintivo del pueblo de JEHOVÁ disperso entre los gentiles. El pueblo de Judá comenzó a vivir de sus tradiciones de una manera nueva y descubrió finalmente, después de tantos siglos de mezcla religiosa, su propia identidad que lo distinguía de todos los pueblos. Comenzó a nacer así el Judaísmo.

El fundamento de esta nueva religiosidad era el vivo sentido de la santidad de JEHOVÁ, tal como aparecía en la codificación de las tradiciones culturales del Templo de Jerusalén. En efecto, así como los levitas llegados a Jerusalén después de la caída de Samaría habían realizado una adaptación de la Ley centrada en la ideas de Alianza y elección, los sacerdotes del Templo pusieron la clave de la Ley en el concepto de Santidad. El resultado fue la confección de un código legal que regulaba los sacrificios culturales, la vida cotidiana y la unión conyugal. Ya que el encuentro con Dios era para Israel el fundamento de su existencia, por eso mismo la santidad de JEHOVÁ determinaba la conducta de los hombres: “Sed santos, porque yo, JEHOVÁ, vuestro Dios, soy santo” (Lev 19:2). Esto era válido en lo concerniente a la relación con los semejantes, pero también en el cuidado que se ponía en el cumplimiento del culto. Porque JEHOVÁ, el Dios Santo, el Totalmente-Otro y distinto respecto de todos los seres creados, era el autor y dueño de la vida, todo lo relacionado con la vida quedaba incluido en el ámbito de lo sagrado y como tal no podía ser profanado. De este modo la sangre era sagrada porque era la vida misma que procedía de Dios y por eso no podía ser derramada; y tampoco podía consumirse la sangre de un animal, porque eso sería pretender aumentar la vida al margen de JEHOVÁ (Lev 17). También la sexualidad, a través de una serie de prescripciones, quedaba involucrada en el ámbito sagrado, pues a través de ella se transmitía la vida procedente de JEHOVÁ (Lev 18). Este código cultural y moral llegó a ser el núcleo en torno al cual se comenzaron a añadir otras prescripciones sobre los sacrificios (Lev 1-7) y la pureza (Lev 11-16).

Precisamente no era un olvido de las promesas por parte de Dios, sino esta falta del sentido de la santidad de JEHOVÁ la que había originado la ruina en la que Israel entonces se encontraba: “No os hagáis impuros con ninguna de estas acciones, pues con ellas se han hecho impuras las naciones que yo voy a arrojar ante vosotros. Se ha hecho impuro el país; por eso he castigado su iniquidad, y el país ha vomitado a sus habitantes. Vosotros, pues, guardad mis preceptos y mis normas, y no cometáis ninguna de esas abominaciones, ni los de vuestro pueblo ni los forasteros que residen entre vosotros” (Lev 18:24-26). El exilio fuera de la patria debía llevar a la misma autocrítica histórica que ya antes había comenzado a juzgar el accionar de los reyes de Israel y las costumbres del pueblo. A partir de la situación presente, a la vez que se arraigaba más la legitimación de la realeza davídica según la profecía de Natán, la revisión de los Anales de los reyes de Judá no debía dejar de subrayar la responsabilidad de los reyes impíos, los abusos contra la justicia, los juegos políticos mal inspirados y toda clase de pecados. Con Salomón había comenzado, entonces, la pérdida del reino, pues el fomento de la sabiduría internacional en el ámbito de la corte había traído aparejado la edificación de lugares de culto para los extranjeros que vivían en Jerusalén: “las mujeres extranjeras con las que el rey se había casado le habían inclinado el corazón a otros dioses, y Salomón se fue tras de Astarté, diosa de los sidonios, y tras de Milkom, monstruo abominable de los ammonitas. Salomón hizo lo malo a los ojos de JEHOVÁ, y no siguió plenamente con JEHOVÁ como David su padre” (1 Re 12:5-6). Éste había llegado a ser el pecado original de Judá, como los becerros de oro de Jeroboam lo habían sido para Israel.

Esta relectura de los anales de Judá (que completó la ya comenzada de los “Anales de Israel”), se fue poniendo por escrito en los libros de Josué, Jueces, Samuel y los Reyes. La historia resultante es una predicación sobre la fidelidad de JEHOVÁ, un cuestionamiento de la institución monárquica y un llamado a la conversión. En estos relatos fueron conservados los testimonios de profetas tan antiguos como Elías y Eliseo, de otros más recientes como Isaías, pero también la inspiración de los reformadores de las Leyes y del culto y de los profetas que los apoyaron, como Jeremías. Por este motivo la tradición de Israel no consideró a estos escritos como libros históricos, sino como los profetas anteriores, después de los cuales se agregarían las principales colecciones de discursos proféticos.